

EL CORREO DE LEVANTE

DIARIO DE LA TARDE

MURCIA 10 DE SEPTIEMBRE DE 1902

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Plaza de Cádiz (antiguo local del Gobierno Civil)

ANUNCIOS A PRECIOS ECONÓMICOS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En Murcia, un mes. pesetas 1

Fuera, trimestre. 3

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES.

NÚM. 728

DE ACTUALIDAD

Vuelta al trabajo

La huelga de obreros panaderos ha terminado, en virtud de haberse llegado a un acuerdo en la nueva reunión que ayer tarde celebraron patronos y operarios.

Nos felicitamos del resultado de esta reunión, como de la vuelta al trabajo de los huelguistas, que como es sabido tenían por base de sus pretensiones el descanso dominical.

Esta huelga, ha dado lugar a que el elemento obrero, haciendo todo el causa común con los principalmente interesados y prestándoles eficaces auxilios materiales, ofrezca un ejemplo de solidaridad y compañerismo, verdaderamente admirable.

Hay que reconocer también que los huelguistas, se han conducido con sensatez y corrección muy plausibles, no dando lugar a la más leve alteración del orden, y manteniéndose dentro de los límites legales, que es como con más eficacia se trabaja por el triunfo de una causa.

Verdaderamente, que sin la actitud de muy contados patronos, esta huelga hubiese sido de duración muy escasa, dado que la casi totalidad de aquellos estaban conformes en aceptar las bases propuestas por sus operarios.

También es de justicia consignar, la excelente voluntad con que el gobernador civil Sr. Aguado, ha trabajado sin descanso porque patronos y obreros llegasen a un acuerdo, que restableciese el estado normal y pusiese término a diferencias siempre sensibles.

De desear y de esperar es, dada la cordura de los obreros murcianos, que el éxito de las huelgas últimas no sirva de aliciente para reproducirlas sin fundamento bastante, pues con ello todo lo ganado ahora, lo perderían ante la opinión sensata e imparcial.

Estas huelgas, que al fin y al cabo a todos perjudican, y todos los intereses lesionan, no deben producirse sino por causas muy justas y muy razonables, de esas cuya justificación se impone a todo espíritu recto y a toda conciencia severa.

Felicitamos a patronos y obreros panaderos, por haberse restablecido la armonía, en que necesariamente y para bien de uno y otro, deben vivir el trabajo y el capital, sin desdoro de aquel ni menoscabo de este.

INSTANTANEAS

Se acabó la huelga

Se acabó la huelga de los panaderos, una de las cosas de las que me alegro; cualquiera otra huelga menos esencial, que pase ó no pase lo mismo me da.

Que los betuneros paran el trabajo porque ya no quieren limpiar tan barato, bueno, lo que quieren, ¿que vamos a hacer? ¡Es tan fácil! Limpíase los pies...

Que los sombrereros ríen con los amos y están en la huelga

tres ó cuatro años, pues se deja uno melena y ya está; (no sé si los calvos se la dejarán).

Resumen; que todo se puede sufrir cuando es un objeto de adorno pueril; pero en siendo cosa de manducación, es como si en huelga se declara el sol.

Diálogos

—¿Sabes que la Martinica anda de mal en peor?

—Ya se explica, ya se explica.

—¡Y eso que estaba mejor!

—Será una mujer muy fuerte.

—Claro que sí; ¡si no fuera!

—Pa mí que es cosa de muerte.

—Es fácil que no se muera.

—Debe estar endemoniada por lo que del cuerpo arroja.

—Pos que le den limoná á ver si con eso afloja.

—¡Mia que se ven cosas feas!

Y to ya sabes por qué.

¡Por un cerdo!

—Pa que veas, de la triquinosis fué.

—¿Cómo estaría aquel cerdo que le está dando esos ratos?

—Gómito igual no recuerdo, ¡ni el gómito de Pilatos!

—Desde entonces esto así sin ver medio pa que cese.

—Sin toerme chispa á mí ¡tengo una ambustia y un ese...

Plácido Ejer de Larra.

UN CUENTO DIARIO

EXTRALUCIDEZ

P. r aquel tiempo, todo el mundo recibió una circular redactada en estos términos:

«Mme. Sibila, sonámbula de primera clase, la que con tanta exactitud hizo predicciones al general Boulanger, tiene el honor de informar al público que está á la disposición de las personas que tengan á bien honrarla con su confianza.»

«Descubre el presente y lo pasado; predice el porvenir.»

«Averiguaciones de toda clase; casamientos, testamentarias, pérdidas de dinero, etc.»

«Especialidad en consultas médicas; informes exactos sobre todas las enfermedades, de cualquiera clase que sean. Un doctor está agregado á la casa.»

«Consultorio abierto desde las 10 de la mañana hasta las 4 de la tarde. Consultas por correspondencia.»

«Discreción; muy serio será todo.»

«No confundáis.»

Los clientes afluyen: la sonámbula conoce su oficio y la muchedumbre se apiñaba en la antecámara, donde compañeros disfrazados de clientes, interrogaban astutamente á los consultantes, les hacían hablar y facilitaban así la tarea de la adivina.

El médico agregado al establecimiento, el Dr. Laperello, era un simpático moreno siempre vestido de un modo intachable y que hablaba con un fuerte acento extranjero que imponía á los clientes. Los enfermos acudían, agarrándose siempre á la esperanza, esa adorable engañadora que miente siempre, sin que por eso se deje de creerla.

Aquel día, una mujer joven, vestida con elegancia, entró en el consultorio de la sonámbula.

Mme. Sibila, grave como un augur le indicó un sillón con gesto sobrio y digno.

—Tenga la bondad de sentarse, señora.

El doctor, en pie, inmóvil, parecía una estufa.

—Señora, dijo la visitante, su gran reputación ha llegado hasta mí.

Al oír ese cumplimento, la sonámbula esbozó una sonrisa; los augures sólo ríen cuando se miran entre sí.

—No soy un espíritu fuerte, continuó la visitante; oreo en las fuerzas desconocidas; no soy de aquellas que se burlan

del magnetismo; pero, como entre mis relaciones sé que se burlarían de mí, si supieran el paso que estoy dando, le confieso que he venido casi escondida. En vez de venir en mi carruaje, he tomado un coche de alquiler.

—La señora puede contar con mi discreción, dijo la sonámbula.

—La discreción, agregó el doctor, es uno de los distintivos de la casa.

—He venido, pues, de incógnito, dijo la visitante, pues tengo fé en el magnetismo. Desde algún tiempo, estoy presa de una enfermedad de pecho que hace la desesperación de los más afamados médicos. Todo lo he probado; mi estado va siempre empeorando; ahora sólo tengo confianza en usted.

—Espero probarle, señora, dijo la sonámbula, que su confianza está bien fundada.

—Voy á hacer dormir á la señora, dijo el doctor y ella va á examinarla.

Después de algunos pasos, la sonámbula cerró los ojos y pareció sumida en un sueño profundo.

El doctor tomó la mano de la visitante y la puso en la de la pitonisa.

—¿Qué cosas vé usted?, interrogó.

El pecho de la sonámbula se entregó á pequeños saltos convulsivos.

—Hable, se lo ordeno, mandó el doctor.

Después de algunas vacilaciones, la sonámbula se decidió.

—Siento dolores... en... el pulmón... veo...

—¿Qué ve usted?

—Veo vegetaciones: el pulmón está lleno de ellas.

—Siga.

—Forman como rosarios... invaden todos los tejidos...

—¿Usted no ve nada en otra parte?

—El corazón está sano... Tiene un poco de inflamación.

—Muy bien, dijo el doctor. Esto basta para hoy; voy á despertarla.

Sopló varias veces sobre la frente de la sonámbula, que se despertó y pareció salir de un sueño profundo.

—Está un poco cansada, dijo el doctor.

—Es maravilloso! exclamó la visitante. —¿Qué lucidez!

—¡Es de una lucidez notable; voy á redactarle una receta... y vuelva dentro de algunos días.

Cuando hubo salido, la sonámbula miró al doctor y á esa muda pregunta agregó:

—Oreo que á esta la tenemos.

Tocó el timbre y al mozo que se presentó, le dijo:

—Haga pasar el número cinco.

Tres días después, la visitante volvió: estaba encantada. A causa del tratamiento, había sentido una mejoría en su estado. Pidió una nueva consulta que le fué dada en el acto. La sonámbula afirmó que las vegetaciones disminuían.

La visitante volvió á menudo y á cada visita declaraba que la mejoría continuaba.

Un día, al retirarse, dejó caer por descuido una tarjeta. El Dr. Laperello la recogió.

Era una tarjeta blasonada con una corona ducal, sobre la cual leyó: «Duquesa de Kausensville».

—Bien te lo había prevenido, dijo á la sonámbula: es una gran dama; cuidémola, nos hará un reclame enorme.

—Cuéntame conmigo, dijo Mme. Sibila. Desde entonces una cierta intimidad se estableció entre la duquesa y los dos agoreros.

La duquesa llegó un día radiante.

—Estoy completamente curada, exclamó: nunca olvidaré lo que le debo á ustedes.

El doctor y la sonámbula se inclinaron.

—A propósito, vengo á rogarles de paso me presten un pequeño servicio.

una persona tan lúcida como Mme. Sibila, ha adivinado en seguida quién era usted.

—¡Oh, la ciencia magnética! exclamó la duquesa; nada se le puede esconder. Eso vendrá á confundir á muchos incrédulos.

—Por otra parte, agregó galantemente el doctor, la elegancia de sus modales, y su distinción nos han mostrado que no tratábamos con una persona del pueblo.

El doctor abrió un escritorio, tomó dos billetes de mil francos y los entregó á la duquesa.

—Aquí tiene el estuche, dijo la duquesa á la sonámbula; usted es demasiado clarividente para que no adivinara para quien está destinado.

—Señora... murmuró la sonámbula, que tomó un aire confuso.

—Es para usted, señora, y le ruego lo acepte, como un débil testimonio de mi gratitud. Usted me fijará sus honorarios. En cuanto á usted, doctor, volveré mañana, primero para saldar mi deuda y luego para rogarle acepte un recuerdo de su enferma agradecida.

—Cuántas bondades, señora. Solo he cumplido con mi deber, como debe hacerlo un médico en toda circunstancia.

—Usted me ha salvado, dijo la duquesa.

Jamás ningún éxito me ha causado tanto placer.

La duquesa se retiró dejando el estuche.

—No hay como la gente de la alta sociedad para la delicadeza y la generosidad, observó el doctor.

—¡Ay! continuó la sonámbula: los clientes de esta clase son desgraciadamente demasiado raros.

Al día siguiente no se vió la duquesa. Al otro tampoco.

El doctor inquieto abrió el estuche: contenía un prendedor y un par de aros.

—Es singular, dijo, que la duquesa no vuelva.

—Si pasáramos por casa de un joyero para hacer evaluar el aderezo, dijo la adivina desconsolada.

—Es buena idea, dijo el doctor.

Pasaron juntos á casa de un joyero, que al mirar las alhajas, les dijo:

—Perlas falsas, pero siempre valdrán unos sesenta francos.

Por más lúcido que sea uno, no falta nunca quien sea más lúcido que él. Podría llamarse extralucidez...

¡No confundáis!

Eugene Feurrier.

La Montaña Pelada

Aumenta el pánico entre los habitantes de la Martinica, que parece abocada á una completa destrucción.

Se cree que cuando se produzca la catástrofe, Guadalupe desaparecerá del mapa hundido en el mar.

El porvenir no puede ser más alarmante.

Los detalles recibidos de la última erupción demuestran que ésta ha sido más violenta que las precedentes y sus efectos más terribles de lo que se ha dicho.

En el Morne-Rouge han perecido más de mil personas y todo el pueblo ha quedado destruido. Sólo resta en medio de tanta ruina la torre de la iglesia, como un monumento fúnebre.

A medida que se producen las erupciones, la parte Sur de la Montaña Pelada adquiere enormes proporciones.

El monte La Croix, uno de los picos que se elevaban en dicho lado se ha desplomado sobre el cráter, desapareciendo en él por completo.

Parece que se ejerce una presión lateral en el cráter, y el abismo se ensancha visiblemente de día en día.

En Fort de France reina el mayor desaliento, porque todo el mundo cree en la próxima destrucción de la isla entera. Los que pueden abandonar la Martinica.

El Sudret y el Esk se dedican á transportar los habitantes á las islas vecinas lo más rápidamente posible.

El coronel Lecœur ha enviado al gobierno francés una comunicación exponiendo su opinión de que es preciso abandonar enteramente la isla, y reclamando refuerzos para transportar sus habitantes á otras islas del mar de las Antillas.

Cuando se dirige la mirada hacia el mapa de la Martinica se ve que esta isla montañosa está dividida en dos partes por dos profundas curvas que parecen encontrarse; la bahía de Fort de France y la de Robert.

El istmo que las separa mide algunos kilómetros.

El territorio á que pertenecen la montaña Pelada y otras, surgieron del mar recientemente.

Estas montañas, pobladas de árboles gigantescos, de bosques impenetrables, guardan en su seno numerosos cráteres, siendo el principal el de la Montaña Pelada.

El gran diámetro de su esfera de acción, comprendiendo la parte que avanza en el mar, será de unas veintiseis leguas.

La Martinica es, por lo tanto, una isla de origen esencialmente volcánico.

Sus volcanes, excepto el Pelado, no han vuelto á entrar en ebullición. Sin embargo, ciertos ruidos subterráneos, ciertos signos característicos indican que pronto estallarán todos y entonces la catástrofe será espantosa.

Tiempo es ahora de evacuar la isla. Llegó la hora de «salvase el que pueda».

LA CUESTION DEL PIMIENTO

Un bando del año 39

Si, Sr. Moret; el año de 1839 estuvo ya prohibido que se mezclase el aceite al pimiento molido y había una penalidad para los contraventores.

El pleito es más antiguo de lo que creíamos los que ahora intervenimos en él, ora como litigantes, ora como procuradores ó abogados, ora como testigos. Ni los mismos que deben fallarlo saben en qué época se incoó ni la jurisprudencia que se le pueda aplicar.

Tampoco es á los industriales contemporáneos á quienes hay que achacar el invento de las adulteraciones del pimiento. Hagámosles justicia. Los que hacen arrancar del año 1879, en que las inundaciones arrasaron la vega del Segura y se perdió totalmente la cosecha, las sofisticaciones, se quedan cortos. Verdad es que, aquel año, sin haber pimiento, se sirvieron todos los pedidos de pimiento y no se notó en el mercado escasez alguna.

Pero basta de preámbulos, ya que tengo la fortuna de dar á los lectores de «El Imparcial» copia de un bando que conservo en mi poder, dictado en 1839 por el entonces alcalde de Murcia D. José Barrera. Debo el curioso documento á un queridísimo amigo, á quien lo remitió hace pocos días el vecino de Beniel (Alicante) D. Trinitario Martínez.

Copio respetando la ortografía: «Don José Barrera, capitán retirado de Infantería, condecorado con varias cruces de distinción por acciones de Guerra, Comandante del primer Batallón de M. N. de esta Capital, Alcalde primero Constitucional y Presidente del Ilustre Ayuntamiento de la misma, etc.

Hago saber; que queriendo esta corporación Municipal cortar de raíz los abusos que se cometen en el tráfico del Pimiento adulterándole con la mezcla de ingredientes perniciosos y contrarios á la salud pública, por cuya razón, y á pesar de no cultivarse este fruto sino en la huerta de esta capital, y en muy poca porción en la Vera de Plasencia, no tiene la aceptación y salida con que anteriormente se le consideraba en toda la Península y en el comercio de ultramar, por su mala calidad; ha acordado se guarden y cumplan las disposiciones siguientes:

1.ª Antes de moler el Pimiento y al conducirlo en cáscara á los Molinos, donde es costumbre llevarlo en sacas ya pisado, será obligación de sus maestros reconocerlo y examinar si tiene aceite, arena, pihuelo, cáscara de naranja, sal ó cualquiera otra mezcla, siendo de su obligación dar parte inmediatamente á la autoridad para la disposición que corresponda, sin permitir, hasta que la misma lo determine, se extraiga el género de su artefacto.

2.ª Después de molido este fruto, se prohíbe á toda persona mezclarlo con «aceyte», arina de panizo, sal molida, tierra colorada ó cualquiera otra especie que pueda adulterarlo.

3.ª Será obligación de los Molineros obtener por escrito licencia del señor Presidente de este Ayuntamiento para poder dedicarse á moler el Pimiento, la que se le concederá gratis, entregándole un ejemplar de este bando, y no haciéndolo se le impondrá la multa de diez ducados.

4.ª En la misma multa incurrirá cualquiera de los maestros que se dedicasen á moler Pimiento sin aquella autorización; y también se le exigirá esta suma

